



tica excelente, que las dificultades son externas y que lo que necesita es tiempo y piensa en la existencia de una campaña amplia de una ofensiva, que es la que impide gobernar con eficacia. Cree que está en su derecho —y lo está— al insistir en mantenerse en el poder.

**L**A presión interior en el partido existe. Se hace en dos direcciones, como consecuencia de la propia naturaleza del partido, que es en realidad un movimiento inventado para gobernar, pero que tiene demasiados delfines dentro por esa misma razón. La tendencia de la parte que está más a la izquierda dentro de ese movimiento que es UCD ha perdido su fuerza en los últimos meses. Algún comentario político sagaz ha apuntado la posibilidad de que este sector se escindiera y, formando parte de otros disidentes de otros partidos, formara lo que se ha llamado un partido bisagra que pudiera inclinarse hacia los dos grandes mayoritarios, dando una posibilidad de alternativa de poder y moderando en cualquier caso el sentido de gobierno (sumado al PSOE, le obligaría a no irse a la izquierda; a UCD, a no irse a la derecha); podrá pasar quizá dentro de tiempo, pero no ahora.

**L**A situación actual favorece al sector más a la derecha. Podría salir de él un recambio para Suárez, convertido en una especie de Willy Brandt de UCD; un Suárez que saliera del Gobierno cargado de honores y mercedes como el creador de la transición y el inventor de esta democracia, asegurado de pasar a la Historia y encargado de la consolidación y la política y la doctrina generales del partido, pero sin la presidencia del Gobierno; Suárez dimitiría ante el Rey, el Rey encargaría de formar Gobierno a otra personalidad de UCD —como requiere su mayoría parlamentaria—, que figuraría claramente definida a la derecha; esa otra personalidad podría apoyarse en una coalición más amplia, contando con otros grupos de la derecha y con una tregua inmediata en el asalto por parte de la derecha. La izquierda podría entonces relaborar con más soltura su papel de oposición.

**L**O que daría ese Gobierno de derecha abierta, en lugar de la derecha vergonzante de ahora, al país es dudoso, dada la coyuntura actual. Probablemente, una bipolarización más clara y una radicalización de la base de la izquierda. No sería una solución. Pero sería un intento de salida. ■

Los  
Contem  
pora  
neos

## PATATAS

**E**L principio por el cual debemos comernos nuestras propias patatas, porque los ingleses no quieren comérselas, es clásico: ya se hizo, en otros tiempos, con las uvas de Almería. Tiene el peligro de su extensión. Tendríamos que comernos toda nuestra huerta, porque los franceses la queman; calzarnos nuestros zapatos que no compran en América y vestirnos con todos nuestros tejidos que no entran en el Mercado Común. Al final, terminaríamos devorándonos a nosotros mismos, en vista de que no hay trabajo para la emigración en el extranjero. Ya propuso Swift una solución como esa —“a modest proposal”— para acabar con el problema irlandés, que comenzó también con una cuestión de patatas: comerse a los irlandeses.

En realidad, llevamos siglos comiéndonos a nosotros mismos. Comiéndonos nuestra religión, en forma de nacionalcatolicismo, inexpugnable y encerrada aquí; comiéndonos nuestras costumbres sexuales, nuestros matrimonios indisolubles, nuestras dictaduras, nuestros patriarcas. Todos estos grandes tubérculos que hemos ido produciendo inútilmente a lo largo de los siglos. Cuando no hemos podido comérselo todo de una sentada, lo hemos convertido en conserva, para los momentos de necesidad. Así puede abrirse ahora una buena lata de franquismo en conserva. Y una lata de Calderón de la Barca y otra de Santa Teresa. Conservas de Cid Campeador para pegarnos con los moros —“moros, no”, dicen algunas pintadas en Madrid—, conservas del Empeinado para enfrentarnos con Napoleón d'Estaing. Abra usted su vieja conserva del padre Ripalda —“Decid, niño, ¿cómo os llamáis?”— para resolver su problema generacional. Y su lata de Serrano Súñer para acusar a la Unión Soviética.

Y quizá será conveniente que vayamos preparando conservas nuevas para el futuro. Aunque tengamos poca democracia, hay que irla guardando también, para cuando haya menos, y podamos abrir una lata: en nuestro sótano, con nuestra multicopista; o en la peligrosa esquina de la cita clandestina.

Aquí todo vale. No hay que tirar los restos. Hay que conservarlos; somos grandes conservadores. Conservémonos nosotros mismos, que el día de mañana nos vamos a hacer falta. Y lo que sea precible, lo que no se pueda guardar —como las patatas— consumámoslo en el acto. Conservemos restos del debate de la moción de censura y del voto sobre reforma de los referendums de autonomía: mañana, a lo mejor, no tenemos Parlamento.

Dejemos corto este artículo. Guardemos un poco en la despensa, en el refrigerador, bien congelado. Para cuando, mañana, no podamos publicar ninguno. ■

POZUELO